

## Las noticias taurinas en el *Mexican Herald* y la comunicación política en el Porfiriato (1900-1910)

Iñigo Fernández Fernández<sup>1</sup>  
 Universidad Panamericana, Campus ciudad de México

### RESUMEN

El gobierno de Porfirio Díaz encontró su sustento en el orden y el progreso. En estas páginas presentamos un esbozo de cómo estos principios formaron parte de la comunicación política porfirista y centraremos nuestro interés en el estudio de las noticias taurinas publicadas en el *Mexican Herald* dado que en ellas podemos encontrar inferencias a los propósitos y valores característicos de este tipo de comunicación. Para tal fin, nos apoyaremos en los conceptos de “comunicación política” de Denton y Woodward, y de McNair, de “media dominante” de McQuail y en las formas de accionar de la comunicación política de Gosselin.

**Palabras clave:** comunicación política, *Mexican Herald*, corridas de toros, valores.

### ABSTRACT

*The government of Porfirio Díaz found its basis in the order and the progress. We present an outline of how these principles were part of the porfirista political communication and focus our interest in the study of bullfighting news published in the Mexican Herald because we can find in them inferences to the purposes and values characteristic of this type of communication. For this purpose we will use the concepts of “political communication” from Denton and Woodward, and McNair, “mainstream media” from McQuail and the ways of action of political communication defined by Gosselin.*

**Keywords:** political communication, *Mexican Herald*, bullfights, values.

---

<sup>1</sup>Profesor investigador de la Universidad Panamericana, campus Ciudad de México. Correos electrónicos: infernan@up.edu.mx e inigus2002@gmail.com



## INTRODUCCIÓN

Desde sus orígenes, la prensa se ha vinculado con el poder político de diversas formas. Los privilegios de impresión, la censura previa, las subvenciones públicas, las fianzas, la tecnología y hasta la impartición de justicia son espacios en los que prensa y política han interactuado a lo largo de los siglos.

Si bien “comunicación política” es un concepto cuyo uso podemos situar a partir de la segunda mitad del siglo XX, lo cierto es que da cuenta de un fenómeno de larga duración que, al entender de Dominique Wolton (1995), surgió con la aparición de la ciudad y en donde la comunicación se convirtió en una condición necesaria de la política.

El mismo autor especifica que el nacimiento de la comunicación política, como un fenómeno de peso, fue el “resultado doble del proceso de democratización y de comunicación que trasladó el ideal político democrático del siglo XVIII a un espacio público ampliado, donde los distintos componentes tenían un estatus legítimo” (p. 29).

Desde la perspectiva anterior, podemos afirmar que, desde sus orígenes, la prensa ha sido un instrumento de comunicación política, más específicamente a partir de 1848 gracias a los dos tipos de revoluciones que tuvieron lugar en Europa: la política y la tecnológica.

Según McQuail (2000), este es el tercer, y último momento en el desarrollo de la esfera pública de la comunicación, que se ha caracterizado por ser el de la era de los medios de comunicación masiva.

En el caso mexicano, este proceso inició en el año de 1896 cuando el periodista Rafael Reyes Spíndola publicó *El Imparcial*, el primer diario industrial y moderno en el país cuya existencia marcó, además, el fin de *El Siglo XIX* y de *El Monitor Republicano*, los decanos por excelencia de una prensa política decimonónica que ya había visto pasar sus mejores tiempos.

A partir de este momento, los lectores en el México de fines del siglo XIX se fueron acostumbrando a un modelo de periodismo importado de Estados Unidos en el que las noticias tenían una mayor relevancia que las editoriales de corte político, donde las historias de interés humano empezaron a ocupar más espacios y en el que la apariencia física del medio adquirió mayor importancia al tiempo que se convirtió en uno de sus mayores atractivos.

De igual forma, también proliferó la prensa en lengua extranjera. Aunque el fenómeno no era nuevo,<sup>2</sup> su originalidad radicó en

<sup>2</sup>Como *The American Eagle*, *The American Star*, *The North American*, *Le Trait d'Union*, *L'Ere Nouvelle* y *L'Estafette*, solo por mencionar algunos ejemplos.



el hecho de que tales publicaciones mostraban una imagen positiva del gobierno mexicano, entonces encabezado por el general Porfirio Díaz, al tiempo que eran las portavoces de las distintas comunidades extranjeras asentadas en el país y cuyo número de miembros crecía al mismo ritmo con que lo hacían los vínculos comerciales entre México y las naciones industrializadas.

Aunque este panorama puede hacernos suponer que a partir de 1896 la prensa nacional perdió su intensidad política y que, en consecuencia, quedó debilitada como un mecanismo de comunicación del gobierno, en el presente artículo nos cuestionamos si es posible considerar que las publicaciones periódicas siguieran siendo medios de comunicación política que cumplieran esta labor de manera distinta a la tradicional en el sentido de que a los discursos y noticias relacionados con la política se sumaron otros aspectos aparentemente desvinculados de ésta (los deportes, los automóviles o la moda), pero que en realidad representaban una estrategia que tendía a reforzar de una manera más indirecta, tenue y sutil los logros, principios y valores políticos del régimen; una suerte de publicidad indirecta de tipo pasivo en la que en lugar de insertar un producto en la nota, se presentaban en ella,

y de manera un tanto sugerida, algunos de los principios rectores del gobierno porfirista.

Para realizar este ejercicio seleccionamos al *Mexican Herald* por tratarse de una publicación que circuló en el país entre 1895 y 1915 y que, a dos años de su aparición, llegó a ser el periódico favorito de la comunidad estadounidense (Schell, 2001), en el intermediario entre ésta y el gobierno de Díaz, y uno de los periódicos más leídos por los mexicanos que mantenían relaciones con los capitales estadounidenses. En especial, estudiaremos algunas noticias vinculadas con la tauromaquia entre 1900 y 1910 para reflexionar en torno a la posibilidad de que la información presentada en este tipo de notas pusiera ser considerada como parte de un proceso de comunicación política indirecta en la que se resaltaban los logros de la administración porfirista y en la que la mediación con los lectores hacía las veces de un filtro que, como señala McQuail, “selecciona partes de experiencia para una atención especial y bloque, intencionadamente o no [...]” (2000, p. 118).

Empezaremos por presentar una serie de reflexiones de carácter teórico; posteriormente daremos un breve panorama sobre el periodismo en el Porfiriato y el *Mexican Herald* y, por último, elaboraremos nuestro análisis so-



bre el periodismo taurino como una forma de comunicación política.

### ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO A LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

En una primera aproximación, señalaremos que en el presente artículo entendemos que la comunicación política es un proceso de mediación entre el poder público y la sociedad mediante el cual el primero hace llegar sus mensajes a la segunda. En este sentido, tomamos como punto de partida a Denton y Woodward (1990, p. 11), quienes afirman que “el factor crucial que hace que la comunicación sea ‘política’ no es la fuente del mensaje [...], sino su contenido y propósito” es decir, para ellos el carácter político de la comunicación está dado por los temas y la intencionalidad con la que el poder los comparte; intencionalidad que es definida por McNair (2011, p.3) como “la comunicación eficaz de las actividades políticas”, concepto que incluye todas las formas de comunicación realizadas por los políticos para alcanzar objetivos determinados.

Lo interesante de la propuesta de McNair es que su definición incluye la totalidad de los discursos políticos, de tal manera que para él la comunicación de esta clase abarca “no sólo

declaraciones verbales o escritas, sino también [...] todos aquellos elementos de la comunicación de los que podría decirse que constituyen una ‘imagen’ de política o de identidad” (2011, p. 3). Si tomamos la esencia de la proposición de McNair, las noticias y textos de temas no políticos —como las de las corridas de toros— que aparecían en las páginas del *Mexican Herald* bien pueden entrar en el ámbito de la comunicación política dado que uno de los fines con los que se publicaban, tal como lo veremos en el desarrollo del presente texto, era el de reafirmar el discurso político del régimen de Porfirio Díaz, basado en las premisas positivistas de que el orden político favorecería el desarrollo material del país así como el crecimiento de México y de sus habitantes. Se trataba, pues, de un proyecto de despolitización de la sociedad que en su momento fue definido por el periodista mexicano Francisco G. Cosmes de la siguiente manera: “menos derechos y menos libertades a cambio de mayor orden y paz” (Zea, 1956, p. 208).

Para entender el funcionamiento de la prensa en el Porfiriato, debemos partir de la base de que los medios de comunicación han operado en sociedades donde el poder está repartido de manera dispar entre los distintos grupos y clases sociales al tiempo que se encuentra estrechamente vinculado con los in-



tereses económicos y políticos. Consideramos que el modelo de los “media dominantes” puede ser de gran ayuda en nuestro análisis del periódico en la medida en que entraría en el grupo que McQuail (2000, p. 123) denomina como organizaciones mediáticas y que

pertenecen o están controladas por un pequeño grupo de poderosos intereses y son muy similares en cuanto a naturaleza y propósito. Difunden una visión del mundo limitada e indiferenciada de acuerdo con las perspectivas de los intereses dominantes. Se obliga o se condiciona a las audiencias para que acepten, con escasa respuesta crítica, la visión del mundo ofrecida. En consecuencia, esto refuerza o legitima la estructura de poder prevaleciente y corta de raíz cualquier cambio filtrando las voces alternativas.

El *Mexican Herald* fue una publicación que desde sus inicios estuvo al servicio del gobierno mexicano y de la colonia estadounidense asentada en la capital del país, seleccionó sus contenidos en función a los intereses de ambos grupos (muy afines, en esencia), contó con un grupo de lectores pasivos y una de sus razones de ser era la de informar al tiempo que confirmar el orden establecido. De lo anterior se desprende que, aunque se trataba de un medio propiedad de particula-

res, bien lo podemos considerar como una publicación de carácter oficialista y, en consecuencia, entraba en la categoría de “media dominante”.

Como medio dominante, en el *Mexican Herald* se conjugaban dos de las seis formas de accionar de la comunicación política definidas por Gosselin: la acción teleológica y la acción axiológica. La primera supone “relaciones entre un actor volitivo y un mundo objetivo de estado de cosas, a veces deseado y a veces no [...]”. Es el tipo de acción que se funda en las reglas generalizables de la experiencia, a fin de anticipar de la manera más racional posible, los resultados de las decisiones tomadas y de las actitudes adoptadas”, mientras que la segunda es “un modo de actuar regulado por un fin y por medios movilizados, pero es una conducta en la que el actor puede establecer la diferencia entre el mundo objetivo de las leyes que definen la relación de los medios y los fines, y el mundo social de las normas reconocidas como legítimas, es decir, aquellas que son necesarias para discernir las interacciones reconocidas como justas y morales” (Gosselin, 1998, p. 16).

Expresado de otra manera, mientras que el accionar teleológico responde a los propósitos de los protagonistas, el axiológico está guiado por los valores de éstos.



## LAS CORRIDAS DE TOROS EN EL *MEXICAN HERALD*

Durante el Porfiriato, los deportes y entretenimientos gozaron de mucho éxito en el país. Beezley (1983) atribuye este fenómeno a la influencia de la comunidad extranjera que, al migrar a México, trajo con ella algunas de sus actividades deportivas, como el béisbol y el box por mencionar algunos casos. A diferencia de lo anterior, las corridas de toros eran consideradas parte del patrimonio nacional y, en ese sentido, como el único deporte que era propio, mas no exclusivo, de los mexicanos.

La postura del gobierno de Porfirio Díaz ante la fiesta brava estuvo marcada por sus necesidades políticas. En su primera administración (1877-1880), prohibió la celebración de corridas de toros en el Distrito Federal y en otros estados importantes (como Veracruz). Según Beezley, ello se debió a que el presidente mexicano estaba buscando el reconocimiento de Estados Unidos y Gran Bretaña en una época en la que los gobiernos de estas naciones

[...] describían al país como una tierra de bandidos que tenía un gobierno inestable, no pagaba sus deudas y que, además, se complacía ante la crueldad contra los animales. Se referían a las corridas como simple hospedaje del toro en el

que se atormentaba al animal para distracción del público y se le mataba sólo cuando la multitud caía en el aburrimiento (Beezley, 1983, p. 276).

Una muestra del carácter político de esta medida es que cuando Díaz obtuvo el reconocimiento de ambas naciones, en 1888, volvió a permitir la celebración de corridas de toros en todo el país. Ello, aunado a los logros económicos y políticos alcanzados en su administración, fueron factores que ayudaron a que el nacionalismo mexicano creciera y a que las tradiciones consideradas como genuinas, entre ellas la tauromaquia, adquirieran mayor fuerza.

Resulta interesante observar cómo, a pesar de lo anterior y de tratarse de un negocio muy rentable,<sup>3</sup> no todos estaban a favor de la fiesta brava. Los periódicos liberales de corte radical, al igual que sus similares católicos, afirmaban que las corridas de toros eran un

---

<sup>3</sup>Sobre el tema, Robert C. Clark (2010) afirma que en el año de 1900 las 14 corridas de toros celebradas en las distintas plazas de la ciudad habían generado ingresos por un total de 223 mil pesos, que equivalen a 56 millones 865 mil. Por su parte, Moisés González Navarro señala que en 1904 se recaudó más dinero en 12 corridas de toros que en 50 funciones de ópera y que en 1897, el torero español Luis Mazzantini pidió un pago de ocho mil pesos (dos millones 40 mil de los actuales), más gastos, por una corrida en Guadalajara y que Rodolfo Gaona, al final del Porfiriato llegó a cobrar 15 mil pesos por corrida (tres millones 825 mil de los actuales).



espectáculo indigno para cualquier persona que se reconociera como decente; es más, un diario religioso afirmaba rotundamente en sus páginas que “contra la opinión de muchos, el box era menos cruel, y otro diario, también conservador, la llamó fiesta salvaje y nefanda a la que no debían asistir los creyentes pues rebajaban el nivel moral del público [...] ya que los pobres, con tal de asistir al bárbaro espectáculo, empeñaban hasta lo que no tenían” (González Navarro, 1990, p. 727). Por su parte, los liberales puros veían en la tauromaquia una actividad denigrante para los mexicanos, al tiempo que producto de los resabios de una tradición heredada de tiempos del dominio español en estas tierras.

El *Mexican Herald* fue una de las primeras publicaciones en México que dedicó espacios considerables a las corridas de toros, así como a todo aquello que las rodeaban. Desde finales del siglo XIX, éstas eran reseñadas al día siguiente de haberse celebrado, aunque no contaban con un espacio y página propios. Aspectos como el de los trenes que trasladarían a los aficionados a los cosos foráneos, el arribo de toreros al país..., solían aparecer cerca de las crónicas taurinas sin que ello fuera una regla forzosa. Con la llegada del nuevo siglo, los aspectos vinculados a la tauromaquia quedaron contenidos en la sección dominical llama-

da “Automóviles y deportes”, lo que no excluía que el tema se abordara en otros días y páginas cuando la ocasión así lo ameritaba.

En el presente apartado analizaremos tres elementos de comunicación política que encontramos en las noticias taurinas del *Mexican Herald* en México: las visitas de extranjeros, las corridas benéficas y el uso del ferrocarril.

A partir de finales del siglo XIX e inicios del XX, las corridas de toros eran una visita forzosa para los viajeros foráneos, ya fueran políticos, embajadores, nobles o simples turistas, pues, según los testimonios consultados, para muchos se trataba de una suerte de experiencia por la que todo extranjero en México debía pasar si quería afirmar con orgullo que verdaderamente había estado “al sur de la frontera”.

En lo que respecta a los visitantes destacados, el periódico consignó en febrero de 1901 que, en su estancia en la Ciudad de México, el conde Wachtmeister de Suecia asistió a una corrida de toros. En una entrevista dada al diario, el noble europeo confesó que, aunque había visitado España en varias ocasiones, era la primera vez que veía este espectáculo y lejos de cuestionarlo como una actividad violenta, lo definió como un deporte fino y una diversión que no tendría mucho éxito en su país por demandar “tanto arrojo y



destreza” (Anónimo. “Some opinions”, 1901, febrero 25, p. 2).

Por lo general, el *Mexican Herald* presentaba noticias en las que los extranjeros que venían de visita oficial a México pasaban unos días en la capital del país y cumplían con un ritual que consistía, por lo general, en ser presentados por sus embajadores ante el presidente Porfirio Díaz y en asistir a varias actividades, entre ellas a una corrida de toros en compañía de algunos miembros destacados de sus comunidades. Así, en su visita a la plaza, los tripulantes del crucero francés Kleber ocuparon “los palcos [de arriba] acompañados por la élite de la colonia francesa, donde destacaban las representantes del bello sexo [...]” (Anónimo. “French naval officers...”, 1907, marzo 11, p. 12); situación que se repitió, por ejemplo, con los cadetes, músicos y oficiales de la flota japonesa quienes concurrieron a una corrida en compañía de los miembros de la embajada de su país y se convirtieron en “el punto de interés de todas las miradas [...]” (Anónimo. “Mexico Honors Visitors...”, 1910, diciembre 26, p. 1).

Los asistentes a las plazas de toros sabían cuando había invitados especiales provenientes del extranjero dado que se anunciaba poco antes de que iniciara la corrida. En las páginas del diario se muestra que esta situación gene-

raba un interés particular, una especie de morbo, entre el público que se interesaba lo mismo por las faenas que por las reacciones de los foráneos ante las suertes ejecutadas por los toreros así como por la muerte de los caballos<sup>4</sup> y los toros. Es de destacar que, en sus crónicas, el *Mexican Herald* señalaba que estos visitantes distinguidos siempre seguían el transcurso de las corridas con vivo interés, como si aceptaran una tradición por lo general ajena a ellos (salvo en el caso de los españoles) y que en el pasado solía ser vista como bárbara.

Las corridas de toros, además, servían para estrechar lazos con otras naciones. No sólo era cuestión de organizarlas para celebrar la llegada de grupos o de personajes connotados del extranjero, también fueron aprovechadas por estos visitantes para integrar en sus discursos las experiencias vividas en los cosos y reiterar la estrechez de los vínculos sostenidos entre sus naciones y México. A manera de ejemplo, señalaremos al almirante japonés Yashiro, quien en sus palabras de despedida afirmó que “las demostraciones del público

---

<sup>4</sup>Los petos que protegen hoy en día a los caballos de los picadores fueron creados en España a finales de los años veinte del siglo pasado. Hasta entonces, las corridas de toros eran más sangrientas pues era común que los toros destriparan a los caballos en la suerte de varas.



durante y después de la corrida de toros, así como la amable atención que nuestros uniformes atrajeron, nos han conmovido y llevaremos con nosotros los recuerdos más agradecidos de la cálida hospitalidad del generoso y noble pueblo mexicano” (Anónimo. “A Real Friendship...”, 1910, diciembre 29, p. 2).

En cierto sentido, este tipo de notas publicadas por el *Mexican Herald* dan cuenta de una política exterior mexicana exitosa que se basaba en el respeto al extranjero y a lo extranjero, una tarea que costó mucho trabajo al gobierno de Díaz en virtud de las difíciles relaciones diplomáticas que México tenía particularmente con Europa a raíz del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo en 1867, mismas que empezó a normalizar en su primer mandato. Con Estados Unidos las cosas no fueron tersas pues en un inicio Washington se negaba a reconocer a Porfirio Díaz como presidente de México. Solo hasta 1878, y bajo condiciones severas,<sup>5</sup> obtuvo la deseada aceptación estadounidense.

---

<sup>5</sup>Debió aceptar, entre otros aspectos, “la supresión de la zona libre de Matamoros, la exención a los ciudadanos de ese país del pago de impuestos extraordinarios, la cobertura de indemnizaciones por los daños causados por la revuelta de La Noria (1872) y el levantamiento de Tuxtepec (1876), así como la autorización para adquirir bienes raíces en la franja fronteriza”. (Leal y Woldenberg, 1996).

A partir de entonces los vínculos entre México y Estados Unidos se fortalecieron de tal manera que a inicios de los años noventa del siglo XIX el primero se convirtió en el destino principal de los capitales del segundo; además, en 1898 las representaciones respectivas alcanzaron el rango de embajada y ambos países encabezaron los esfuerzos diplomáticos para mediar en el conflicto que estaba teniendo lugar en Centroamérica (Riguzzi, 1902).

Esta situación se repitió un poco más tarde con las naciones europeas, particularmente con Francia e Inglaterra, cuyo atractivo para el gobierno porfirista radicaba en los capitales que potencialmente pudieran invertir en México y en la posibilidad de que éstos se convirtieran en un contrapeso que frenara la tradicional influencia norteamericana en el país.

Gran parte de los visitantes extranjeros que asistían a las corridas eran personas ordinarias, muchos de ellos norteamericanos que realizaban excursiones para pasar unas cuantas semanas recorriendo México y, claro está, para asistir al menos a una corrida de toros. Estas excursiones eran organizadas por una persona que hacía las veces de anfitrión y, en consecuencia, se utilizaba su apellido para nombrarlas. El *Mexican Herald* notificaba la llegada en



tren de estos grupos, su itinerario y, en algunos casos, publicaba una relación con los nombres de sus miembros.

El periódico recalca que la postura de los visitantes norteamericanos en cuanto a la fiesta brava era la de ver una corrida de toros antes de irse; es decir, cumplir con una “obligación” que daba parcialmente sentido al viaje. Desde esta perspectiva, y a reserva de que gustasen o no del espectáculo, parecería ser que para muchos turistas visitar México y no ir a los toros era como no haber venido.

Tal era la importancia de la fiesta brava en estos itinerarios, que muchas veces se debían reajustar en caso de que las corridas se cancelaran por algún motivo. En el año de 1900:

En la ciudad de México quedó desilusionada ayer una multitud de turistas que estaban visitándola. No hubo corrida de toros. Llovió y la función se tuvo que posponer. El grupo Gates, cuyo número de miembros ronda las setenta y cinco personas, había regresado del trópico ayer por la mañana con el propósito de asistir a la corrida y los organizadores han reorganizado el itinerario para que el siguiente domingo vuelvan a visitar la ciudad de tal manera que la corrida no quede al margen en su lista de actividades” (Anónimo. “Not Baffled. Tourists..., 1900, febrero 18, p. 2).

En otras ocasiones, resultaba imposible hacer los ajustes necesarios, de tal manera que los visitantes tenían que regresar a casa sin haber puesto un pie en la plaza de toros, lo que no siempre era una desgracia, pues el *Mexican Herald* refiere algunos casos en los que los turistas ordinarios no disfrutaban de la fiesta brava.

Parece ser que las mujeres eran las que menos se divertían pues no eran pocas las veces en las que llegaban incluso a desmayarse, situación que según los mexicanos se podía corregir, pues “los estadounidenses solamente tenían que asistir [/] a seis [corridas] antes de aprender a apreciarlas, y que a partir de ese momento podían asistir regularmente” (Schell, 1993, pp. 267-268), condición que era imposible de cumplir para aquellos norteamericanos que visitaban eventualmente el país.

La publicación en el diario de las actividades turísticas de estos grupos trasciende el ámbito de lo frívolo. Las notas de este tipo manifiestan de manera un tanto implícita los logros del régimen. Los turistas viajaban de Estados Unidos a México en tren, un tren que en el mandato de Díaz dejó de ser un proyecto para convertirse en una realidad al tiempo que en un símbolo del progreso. Y viajaban a México porque era seguro gracias a la labor del gobierno porfirista a favor de la “pacifica-



ción” del país y del orden y progreso que se vivía en éste.

Otro espacio de la comunicación política porfiriana en el *Mexican Herald* fue el de las corridas de toros benéficas, aquellas que distintos sectores de la sociedad organizaban por múltiples motivos. El Porfiriato representó un tiempo en el que la filantropía se desplazó de la caridad religiosa hacia la responsabilidad compartida entre el poder público y la sociedad y en donde se aspiraba a que la sociedad tuviera cada vez un mayor peso, tal como lo enunció en 1885 Manuel Romero Rubio, entonces secretario de Gobernación, al expresar que “la beneficencia privada era el medio más seguro y natural de socorrer a los necesitados [...]” (González Navarro, 1990, p. 499).

En una primera instancia, las corridas benéficas se organizaban para ayudar a las víctimas de catástrofes naturales. Terremotos e inundaciones servían para que los empleados del ferrocarril, estudiantes, miembros de juntas o periodistas organizaran corridas de toros *amateurs* para recaudar fondos, tal como aconteció en mayo de 1907 cuando el periódico publicó la noticia de que los empleados de la línea ferrocarrilera National Lines planeaban llevar a cabo una corrida a favor de los damnificados del terremoto de Guerrero. Como era la costumbre entonces, hubo una gran res-

puesta de la sociedad, que en este caso se manifestó en el número considerable de voluntarios que se ofrecieron para torear, lo que al entender de los organizadores era garantía de que darían la mejor actuación vista en la ciudad de México (Anónimo. “National Lines Men Will...”, 1907, mayo 12, p. 12).

La cobertura dada a este tipo de noticias en el *Mexican Herald* tuvo un giro interesante en 1909 como consecuencia de una catástrofe natural, pero no de una cualquiera. El 28 de diciembre de 1908 la ciudad italiana de Mesina fue devastada por un terremoto de 7.2 grados en la escala de Richter y por el tsunami, con olas de doce metros de altura, que le siguió minutos después (Pino, Piatanesi, Valensise y Boschi, 2008, p. 1). A lo largo de la primera quincena del mes de enero de ese año, el diario publicó los avances en torno a la celebración de una corrida de toros que tendría lugar el 17 de enero en la plaza de El Toreo para recabar fondos a favor de los damnificados italianos.

Dada la envergadura de esta tarea, el ayuntamiento de la Ciudad de México estuvo a cargo de ella. En principio anunció que se trataría de una corrida profesional y que los toreros del cartel serían Morenito de Algeciras, Manuel Mejías *Bienvenida* y Julio Gómez Cañete *Relampaguito*. También notificó que los



precios de los tendidos aumentarían, de tal manera que los asientos de sol pasarían de un peso a un peso con veinticinco centavos y los de sombra de tres a tres y medio (Anónimo. “Italian Relief Work...”, 1909, enero 4, pp. 1-2). Del mismo modo, advirtió que todo lo recaudado se destinaría al Comité de Socorro organizado por la comunidad italiana en el país.

Para animar a que la gente asistiera, el periódico publicó una nota en la que estimaba que los ingresos de la corrida alcanzarían los 25 mil pesos, que el alquiler de la plaza, los servicios en ella y la presentación de los toreros serían gratuitos y que entre los asistentes se encontrarían la crema y nata de la sociedad y la política mexicanas, encabezadas por el propio general Porfirio Díaz. La publicación auguraba que “el acontecimiento será uno de los más brillantes de su clase que se haya visto en esta ciudad. [...]” (Anónimo. “President to Attend...”, 1909, enero 10, p. 1). Y no se equivocó. Los mexicanos respondieron al llamado llenando casi en su totalidad la plaza, la élite ocupó todos los palcos de sombra, y el presidente de México asistió al coso en compañía de su vicepresidente, Ramón Corral; el conde Ranuzzi-Segni, embajador italiano; el conde Greguel, encargado de asuntos exteriores de Francia; José Romero Dusmet, secreta-

rio de la legación española, y Félix de Barros Cavalcanti de Lacerda, encargado de negocios de Brasil (Anónimo. “Benefit Bullfight Was...”, 1909, enero 10, p. 1).

Fue así como las páginas del *Mexican Herald* demostraban que el México de antaño, el de la deuda externa creciente y el de los impagos habituales, había llegado a su fin con Porfirio Díaz y cedido su lugar al próspero y solidario, a aquel en el que la sociedad se movilizaba para sumar esfuerzos, y fondos, y para brindar auxilio a una nación europea que se hallaba sumida en la desgracia.

Las corridas benéficas también evidenciaban que en el México porfirista la sociedad y las autoridades políticas sumaban esfuerzos para dar vida a proyectos que generaban beneficios sociales.

Desde esta perspectiva, no resultaba extraño que en 1902 se celebrara en León una corrida de toros *amateur* en beneficio del sistema de drenaje y que el *Mexican Herald* concluyera la nota sentenciando que “es evidente que toda la ciudad [de León] está sinceramente a favor de este proyecto” (Anónimo. “Benefit Bull Fight”, 1902, noviembre 20, p. 6), o que años más tarde el periódico se refiriera a una celebración similar con el objetivo de dotar de fondos al Comité de mejoras de Mixcoac.



Algo similar ocurría con los estudiantes, quienes organizaban este tipo de festejos para la celebración de congresos o para el establecimiento de casinos, por ejemplo. A finales del año 1909 e inicios de 1910, fue común que las juntas encargadas de los festejos del centenario de la independencia los celebrasen con el fin de hacerse de recursos.

Este es el caso de la Junta Mutualista del centenario, que el 20 de febrero de 1910 celebró una corrida que fue publicitada en el *Mexican Herald* en una nota en la que además de mencionar que el cartel estaba compuesto por Rodolfo Gaona y Rafael Molina Martínez *Lagartijo Chico*, animaba a que la gente asistiera pues sus organizadores esperaban “que el presidente Díaz así como otros altos mandos más del ejército asistan a la corrida” y confirmaban que “la banda de la policía tocará en el ruedo” (Anónimo. “President May Go...”, 1910, febrero 20, p. 12).

Detrás de estos artículos hallamos una imagen de la sociedad mexicana distinta a la del pasado. La de inicios del siglo XX era proactiva, contaba con la capacidad de organizarse para alcanzar fines comunes y, tal vez lo más importante, había desarrollado un grado de madurez que le permitía comprender que los asuntos públicos, al menos en materia de infraestructura, no era una cuestión exclusiva

del gobierno y que ella bien podía ayudar a éste en su mejora.

Las corridas benéficas también eran muestra fehaciente del carácter altruista de los mexicanos, de ahí que los festejos de este tipo fueron diversos. Estaban, por ejemplo, los de la fiesta de Covadonga que, si bien era organizada por la colonia española, los mexicanos abarrotaban la plaza de toros cada año. En este caso, los ingresos eran destinados a la Sociedad de Beneficencia Española cuya misión era la de asistir, atender y socorrer a los españoles enfermos y necesitados.

En lo que se refiere a los connacionales pobres, era común que se celebraran con cierta regularidad corridas de toros cuyos beneficios se destinaban a instituciones asistenciales públicas y privadas (asilos, hospitales, orfanatos...). En este tipo de corridas, los matadores españoles y mexicanos actuaban de manera gratuita, lo que no era nada desdeñable si consideramos la presencia de figuras de la talla de Rodolfo Gaona, Antonio Montes y Fernando Colín, por mencionar a algunos matadores.

Sin querer demeritar la labor de las corridas benéficas como medios para ayudar a paliar, que no para resolver, problemas tanto coyunturales como estructurales, tampoco podemos negar que éstas entraban en una estrategia de la administración porfirista con-



cebida para otorgarle cierta legitimidad al régimen a través de la construcción de la imagen de un México en continuo progreso, pero que en la práctica se hallaba contrapuesta con una realidad muy limitada en alcances sociales y regionales.

Antes de concluir, quisiéramos revisar otra manifestación del discurso político porfirista que encontramos en las noticias taurinas del *Mexican Herald* y se encuentra relacionado con el ferrocarril. En sus páginas eran frecuentes tanto las noticias sobre corridas de toros que se celebrarían próximamente fuera de la Ciudad de México como las menciones de los servicios especiales que las distintas compañías de trenes —como la Mexican Railroad, la National Lines, la National Railways, solo por mencionar algunas— ofrecían a los interesados.

Los destinos eran variados. Los más habituales comprendían las cercanías de la capital del país, Naucalpan o Texcoco, por ejemplo, y ciudades cercanas, como Pachuca y Toluca; en tanto que los más distantes podían situarse en Coahuila, San Luis Potosí o Veracruz. En el caso de los primeros, el servicio ofrecido era de ida y vuelta el mismo día tal como lo publicó el *Mexican Herald* el 17 de enero de 1909: “Un tren de la National con gente de Toluca llegó a esta ciudad por la mañana para que

asistan a la corrida de toros. El especial regresará esta noche” (Anónimo. “Special Train Comes...”, 1909, enero 17, p. 2). De manera ocasional, el periódico publicaba estos servicios especiales enmarcándolos como parte de los festejos de una ciudad o poblado, promoviendo como celebraciones “de interés excepcional” o “únicas”, o, bien, anunciando el nombre de los matadores más importantes de los carteles (Gaona, Mazzantini, Parrao...).

Detrás de estos anuncios hallamos la exaltación de un medio de transporte, el ferrocarril, que pese a que en el pasado se había intentado construir en México, fue hasta el Porfiriato cuando se logró desarrollar.<sup>6</sup> La administración de Porfirio Díaz, tal como había sucedido con la República Restaurada entre 1867 y 1877, consideraba que el tren sería uno de los motores del progreso material en México, pues ayudaría a la conformación de un mercado nacional al tiempo que vincularía a éste con el internacional a través de la construcción de un conjunto de líneas que distribuyeran el tráfico comercial hacia la frontera norte y los puertos más importantes del país.

<sup>6</sup>El primer intento por construirlo fue a inicio de los años cincuenta del siglo diecinueve durante el último mandato de Antonio López de Santa Anna. Tanto los gobiernos del Segundo Imperio (1864-1867) como de la República Restaurada (1867-1877) lo volvieron a intentar, pero sin tener éxito



En virtud de las condiciones económicas tan limitadas de México en el primer mandato de Díaz, éste concesionó a los gobiernos estatales y a los capitales mexicanos el inicio de la construcción de tendidos ferroviarios; sin embargo, no fue sino hasta mediados de la década de los años ochenta cuando las inversiones extranjeras impulsaron la construcción del ferrocarril y, a partir de los noventa, la creación de una auténtica red ferroviaria —como consecuencia del fin de los trabajos de construcción de los ramales principales—, que a su vez, generó una intensa competencia y una disminución en las tarifas (Grunstein; 1991 y Grunstein, 1999).

De igual forma a inicios del XX, el gobierno inició una política agresiva de compra de acciones, que no fue del agrado de Estados Unidos, que le permitió fundar en 1908 Ferrocarriles Nacionales de México.

Fue gracias a lo anterior que México pasó de tener 680 kilómetros de vías construidas en 1877 a 19,280 en 1910, caminos férreos cuya razón de ser era de carácter comercial, pero por las que también circulaban, tal como lo vimos, los turistas norteamericanos que llegaban a México al igual que los miles de mexicanos que se encontraban ávidos de ver festejos taurinos en otras latitudes del país. En este sentido, cada vez que en el *Mexican Herald*

publicitaba las corridas especiales de trenes también hacía lo propio de una de las facetas más palpables y recientes del progreso en México.

Destinar trenes a usos lúdicos, por decirlo de alguna manera, era una forma de enfatizar lo que había cambiado el país y de demostrar cómo en los nuevos tiempos, los del gobierno de Díaz, los ferrocarriles no solo transportaban lo mismo a ricos inversionistas que productos agrícolas, forestales, industriales o minerales; también lo hacían con un público aficionado a una de las mayores tradiciones, al menos para la época, nacionales.

## CONCLUSIONES

A la luz de lo analizado podemos afirmar que las noticias taurinas publicadas en el *Mexican Herald* ayudaron a reforzar su función como un periódico oficialista y, en ese sentido, como un medio de comunicación política dominante en el gobierno de Porfirio Díaz.

Si seguimos las formas de accionar de la comunicación política por Gosselin, podemos encontrar que la información sobre las corridas de toros se puede estudiar a la luz de los accionares teleológico y del axiológico, en la medida en que ambos se remiten a una comunidad de lectores formada por norteamericanos y por mexicanos que se encuentran uni-



dos por los mismos propósitos y valores económicos y políticos.

En lo que se refiere a los propósitos, queda de manifiesto que uno de ellos era reafirmar el discurso político del régimen que se hallaba centrado en las premisas de orden y progreso. Las noticias taurinas, por muy malas que fueran, jamás mencionaban la existencia de desmanes en las plazas y sus alrededores. En el periódico, el enojo del público, ya fuera por una mala faena o por la cancelación de un festejo, era canalizado a través de los chiflidos y protestas, en el primer caso, o de la resignación, en el segundo. Entendemos que en la realidad esta situación no siempre debía de ser así, y que en ocasiones el malestar llevara expresiones más violentas; sin embargo, en este caso, los editores del periódico decidían publicar aquellas experiencias que eran políticamente afines a la retórica oficial al tiempo que exaltarlas, aunque fuera de manera un tanto implícita.

En ese sentido, la esfera de lo axiológico se presenta en el *Mexican Herald* como un intento por idealizar al régimen no sólo mostrando sus alcances, también dejando en evidencia cómo el discurso oficial terminaba por encarnarse, de manera coherente y casi perfecta, en una realidad que bien podía ser vista como su reflejo.

Las noticias taurinas también fueron un vehículo para resaltar los valores que compartía el régimen político con un sector de la sociedad mexicana conformada por nacionales y estadounidenses. Estos valores eran los de la solidaridad, el progreso y la libertad.

Las noticias sobre las corridas benéficas eran una clara alusión al primero de éstos; las relacionadas con el ferrocarril y la llegada de los visitantes extranjeros al segundo, y las críticas contra las corridas de toros al tercero. Cada uno de estos son principios propios, tal como sucede con lo teleológico, que tienden a idealizar a través de la luz del positivismo al México de fines del siglo XIX e inicios del XX, como si éste hubiera hecho tabla rasa con su pasado para refundarse una vez que Porfirio Díaz llegó al poder.

El presente es, pues, un proceso de comunicación política que no es burdo, muchos menos propagandístico. Por el contrario, es sutil y apela a una realidad pasada que hoy no nos resulta tan evidente como quisiéramos, de ahí la necesidad de hacer trabajos como el que aquí se presenta en el que un ejercicio pretérito de comunicación política (entendida como el medio de transmisión y la información contenida) sea rescatada y contextualizada para dotarle de sentido en la actualidad.



## FUENTES CONSULTADAS

- Anónimo (1900, febrero 18). “Not Baffled. Tourists Rearrange Their Itinerary so as to See a Bullfight”. En: *The Mexican Herald*, (IX)172, 2.
- \_\_\_\_\_ (1902, noviembre 20). “Benefit Bull Fight”. En: *The Mexican Herald*, (XV)81, 6.
- \_\_\_\_\_ (1907, marzo 11). “French naval officers see fairly good corrida”. En: *The Mexican Herald*, (XXIV)11, 12.
- \_\_\_\_\_ (1907, marzo 11). “French naval officers see fairly good corrida”. En: *The Mexican Herald*, (XXIV)11, 12.
- \_\_\_\_\_ (1909, enero 10). “President to Attend Charity Bullfight”. En: *The Mexican Herald*, (XXVII)131, 1.
- \_\_\_\_\_ (1909, enero 17). “Benefit Bullfight Was a Great Success”. En: *The Mexican Herald*, (XXVII)138, 2.
- \_\_\_\_\_ (1909, enero 17). “Special Train Comes in From Toluca for Bullfight”. En: *The Mexican Herald*, (XXVII)138, 2.
- \_\_\_\_\_ (1909, enero 4). “Italian Relief Work Suscribes \$5,000”. En: *The Mexican Herald*, (XXVII)125, 1-2.
- \_\_\_\_\_ (1910, diciembre 26). “Mexico Honors Visitors from Flowery Japan”. En: *The Mexican Herald*, (XXXI), 1.
- \_\_\_\_\_ (1910, diciembre 29). “A Real Friendship Joins Japan and Mexico”. En: *The Mexican Herald*, (XXXI)90, 2.
- \_\_\_\_\_ (1910, febrero 20). “President May Go to The Bullfight”. En: *The Mexican Herald*, (XXIX)173, 12.
- Beezley, W. (1983, octubre-diciembre). “El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo”. En: *Historia Mexicana*, 33(2), 265-284.
- Clark, R. C. (2010). “Toreo, Ritual, and Nationalism: The Cultural Context of María Cristina Mena’s ‘The Emotions of María Concepción’”. En: *South Atlantic Review*, 75(4), 73-90.
- Denton Jr., R. y Woodward, G. (1990). *Political communication in America*. New York: Pareger.
- González Navarro, M. (1990). *El Porfiriato. La vida social*, 5ª edición. México: Hermes, vol. IV.



- Gosselin, A. (1998). “La comunicación política. Cartografía de un campo de investigación y de actividad”. En: Gauthier, G., Gosselin, A. y Mouchon, J. (1998). *Comunicación y política*. Barcelona: Gedisa, 9-18.
- Grunstein, A. (1991). “Estado y ferrocarriles en México y Estados Unidos, 1890-1911”. En: *Secuencia* (20), 79-105.
- \_\_\_\_\_. (1999). “De la competencia al monopolio. La formación de los ferrocarriles Nacionales de México”. En: Kuntz, S. y Connolly, P. (1999). *Ferrocarriles y obras públicas*. México: Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, El Colegio de México y UNAM, 71-104.
- Leal, J. F. y Woldenberg J. (1996). *Del estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, 6ª edición. México: Siglo XXI-Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- McNair, B. (2011). *An introduction to political communication*, 5th edition. New York: Routledge.
- McQuail, D. (2000). *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, 3ª edición. Barcelona: Paidós.
- Pino, N., Piatanesi, A., Valensise, G. y Boschi, E. (2008). “The 28 December 1908, Messina Straits earthquake (MW 7.1): a great earthquake through a century of seismology”. En: *Seismological Research Letters*, 2ª edición. Italia: Istituto Nazionale Di Geofisica e Vulcanologia, 1-40.
- Riguzzi, P. (1992, enero-marzo) “Estados Unidos y Gran Bretaña, 1867-1910: una difícil relación triangular”. En: *Historia Mexicana* (41)3, 365-436.
- Schell, W, Jr. (1993). “Lions, Bulls, and Baseball: Colonel R. C. Pate and Modern Sports Promotion in Mexico”. En: *Journal of Sport History* (20)3, 259-275.
- Schell, W. (2001). *Integral outsiders: the American colony in Mexico city, 1876-1911*. Wilmington: Scholarly Resources.
- Wolton, Dominique (1995). “La comunicación política: construcción de un modelo”. En: Ferry, J. M. et. al. (1995). *El nuevo espacio público*, Barcelona: Editorial Gedisa.
- Zea, Leopoldo (1956). *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*, México: INEHRM.

